

su Madre santísima cuando su esposo José la vió preñada, y sospechando que era adúltera, la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos (*Parte II, med. XIV*). Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atar como á furioso (1), también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo; pero ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús (2).

3. El undécimo acto de humildad, que anda junto con el precedente, es llevar con serenidad y paz de corazón las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas; así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin culpa nuestra, y de ellas se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heroica humildad; la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo (3), le agradó la esposa, y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: Si no te conoces, salte y véte de mi casa. Esta humildad ejerció la Virgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con aspereza á ella y á san José: ¿Para qué me buscábades? ¿no sabíades que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre? Y en las bodas otra vez con muestras de sequedad y de negarla lo que le pedía, la dijo: Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? no es llegada mi hora. Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí y deseaban verle, respondió con gran desvío: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi madre y hermano. En todas estas ocasiones, que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, como ponderamos en su lugar. (*P. II, med. XXX; p. III, med. IX*). Y á este talle tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriendolas todas con grande paz.

4. El duodécimo acto de humildad es, no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job, á quien como él dijo (4), no ate-

(1) Marc. III, 21.—(2) Act. V, 41.—(3) Serm. 45 in Cant.—(4) Job, xxxi, 34.

morizó el desprecio de sus deudos; esto es, el verse despreciado de ellos, ó ver al ojo sus desprecios. Pero mas valerosamente ejerció esto la Virgen, hallándose presente á los desprecios y afrentas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel hombre justiciado y crucificado en medio de dos ladrones; y allí padeció muchas injurias, con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores, como en su lugar se dijo. (*En la med. L de la p. IV*).—Estos son los doce actos de humildad que resplandecieron en la Virgen, cumpliendo con lo que dice el Espíritu Santo: *Cuando fueres mayor, tanto mas humillate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios* (1); y así la halló la Virgen en esta vida (2), y despues fué coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones, y levantándola á un trono altísimo de gloria, á donde con su Hijo, mas dignamente que los Apóstoles, juzgue las doce tribus de Israel (3). Gózome, ó Virgen santísima, de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razon era, que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó por humillarse á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estáis en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA DEVOCION CON NUESTRA SEÑORA, Y DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar despues de su Hijo, ponderando en cada razon lo que puedo y debo hacer por ella.—La primera razon es, porque la santísima Trinidad ama á esta Señora mas que á todos los Ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y amando mas á la que por su mayor santidad merece ser mas amada. De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Virgen, gozándome de

(1) Eccli. III, 20.—(2) Luc. I, 30.—(3) Matth. XIX, 28.

que sea tan amada de Dios y de que haya hallado gracia delante de él; gozándome, otrosí, de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen me alcance parte de ellas, para que yo tambien sea amado de Dios y halle gracia én su presencia.

2. La segunda razon es, por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador, el cual por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres: *Lo que hicisteis por uno de estos pequenuelos, por mí lo hicisteis* (1), ¿cuánto mas dirá: lo que hicisteis en servicio de mi Madre, por mí lo hicisteis? Luego si amo de veras á Cristo por lo mucho que le debo, tengo tambien de amar, no solamente á su eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino tambien á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor. La tercera razon es, porque es Madre nuestra y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á sus madres, y mas tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquella palabra que le dijo en la cruz: *Ves ahí á tu Madre, luego la tomó por suya y la amó con especial amor* (2); tambien yo tengo de tomarla por mía, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

3. La cuarta razon es, por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan á amarla como á suprema bienhechora mia despues de Dios. Porque lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo (3). Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo representa á Dios sus necesidades como en las bodas de (4) Caná de Galilea pidió vino para los convidados; movida de sola compasion, como en su lugar ponderamos (P. V. med. IX), y como dijo san Agustin: *Sicut omnibus Sanctis est potior, ita pro nobis omnibus Sanctis est sollicitior. Como es mejor que todos los Santos, así es mas solícita de nuestro bien que todos ellos* (5). Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nues-

(1) Matth. xxv, 40. — (2) Joan. xix, 27. — (3) II Mach. xv, 14. — (4) Joan. ii, 3. — (5) Serm. 4 de Nativ.

tros males con presteza, por la cual dice san Anselmo (1), que algunas veces somos oidos mas presto, invocando el nombre de la Virgen, que invocando el nombre de su Hijo, no porque el Hijo no sea incomparablemente mas poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como tambien es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oirnos por nuestros pecados; mas la Virgen, como no es juez sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la divina justicia, y hace que con presteza nos socorra.

4. De donde se saca lo que dice el mismo Santo, que la devocion cordial con la Virgen es señal de la predestinacion, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos, como se dijo en la parte II, todos los medios de su predestinacion, hasta que alcanzan su fin, y los lleva consigo á la gloria. Además acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generalidad, que se atrevió á decir san Bernardo: *Virgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad* (2); como quien dice: Todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á ti hallan remedio en sus necesidades. Con todas estas razones bien consideradas tengo de encender en mi alma el fuego de la devocion con la Virgen nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comunique este amor con su Madre, y á la misma Madre que me le alcance (3). O Madre amantissima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo; con todo mi corazon deseo amaros y serviros como á Madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde morais; echad raíces en mi corazon, para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la devocion que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Virgen nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra; las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiracion y deseo del Espíritu Santo. Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla, con una adoracion menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulia; y en

(1) Lib. de excet. Virg. c. 9, part. 2, med. 3. — (2) Serm. 4 de Nativ. — (3) Eccli. xxiv, 13.

razon de esto la atribuye algunos renombres propios de solo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra (en la *Salve* y *Ave maris Stella*); llámala puerta del cielo, y pídelo lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesús fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Virgen, alcanzándolo de nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

2. Lo segundo, muestra esta devocion, en que por divina inspiracion dedica templos muchos y muy suntuosos á honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin tambien instituye congregaciones y religiones, consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndolas extraordinarios favores así en general como en especial, á los que con especialidad se dedican á servir, sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

3. Lo tercero, muestra esta devocion en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y misa; y para cada dia ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor siempre se dice la salutacion del Ave Maria, y le acaba con alguna antífona de la Virgen, y con sonido de campanas nos avisa cada dia á boca de noche, que la saludemos con el Ave Maria, y en algunas partes se hace tres veces, al amanecer, y al mediodía, y al anochecer. Y finalmente aprueba y exhorta el uso del Rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento y cincuenta Ave Marias, que responde al salterio de los ciento y cincuenta salmos de David, con quince *Pater noster*, á cada diez Ave Marias el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo, y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y para quien no puede rezar tanto cada dia, tambien aprueba la corona de sesenta y tres Ave Marias, en memoria de

otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos Rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo nuestro Señor á confirmar esta devocion con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre, y por el que desea que todos le tengamos. Ó dulcísimo Jesús, pues tanto deseais que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devocion, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

MODO DE REZAR EL ROSARIO DE NUESTRA SEÑORA CON ESPÍRITU Y DEVOCION, JUNTANDO CON EL LA ORACION MENTAL.

—Entre las devociones de la Virgen nuestra Señora, la mas celebrada es la que se apuntó del Rosario; y porque la oracion vocal sube mucho de punto cuando se junta con la mental, los devotos de la Virgen han inventado varios modos de juntarlas cuando le rezan, de los cuales pondré los mas provechosos, para que cada uno escoja el que mas ayudare á su devocion, tomando una vez uno, y otra vez otro, por quitar el fastidio con esta santa variedad.—

—Antes de comenzar el Rosario se ha de hacer lo que dijimos en la introduccion de este libro, párrafo V, levantando el corazon á Dios nuestro Señor que está presente; y haciéndole una reverencia muy profunda, le suplicaré me ayude con su gracia para rezar este Rosario, de modo que le agrade, ofreciéndole todas las palabras, pensamientos, afectos y deseos que tuviere, enderezándolos todos á gloria suya y de la Virgen nuestra Señora, en accion de gracias por las mercedes que me ha hecho, y en satisfaccion de los pecados y descuidos que he tenido en su servicio, y para que me conceda las virtudes que me faltan, y lo demás de que tengo necesidad para servirla con perfeccion. Y si el Rosario se ha de ofrecer por otras necesidades de la Iglesia ó de alguna persona particular viva ó difunta, aquí se ha de hacer este ofrecimiento, advirtiéndole que de cuatro fines á que puedo enderezar mi oracion, que son glorificacion y alabanza de Dios, por ser quien es, accion de gracias por sus beneficios, satisfaccion por mis pecados, é impetracion de virtudes; cuando ofrezco el Rosario por otro, aunque le doy la satisfaccion que me cabia, tambien puedo, sin perjuicio suyo, ofrecerle por mi para los otros tres fines.—

—Hecho este ofrecimiento, rezaré diez *Ave Marias* y un *Pater noster* con espacio y atencion, no contentándome con atender á la

corteza de las palabras para no errar, sino tambien al sentido de ellas ó á la persona á quien se enderezan, que es Dios nuestro Señor, ó la Virgen nuestra Señora, la cual, aunque está en el cielo, me ve, oye y entiende mi oracion, y puedo hablar con ella, como si estuviera cerca de mí en la tierra. En habiendo rezado las dichas diez Ave Marías haré una breve meditacion por uno de los modos que se siguen.—

Primer modo de rezar el Rosario, meditando las palabras del Ave María.

1. El primer modo de rezar el Rosario ó la Corona, es por el modo de orar, por las palabras que declaramos en el párrafo IX de la introduccion de este libro, dividiendo la oracion del Ave María en seis ó siete palabras principales, y á cada diez Ave Marías tomar por materia de meditacion una de ellas, como se ponderaron en la parte II.—En el primer diez meditaré esta palabra (*Parte II, med. IV*): *Dios te salve, María*, ponderando las grandezas que se encierran en este dulcísimo nombre de María.—En el segundo diez meditaré la segunda palabra: *Llena de gracia*, ponderando la inmensidad de gracias y virtudes de que está llena esta Señora. (*Ibid. med. III*).—En el tercer diez meditaré la tercera palabra: *El Señor es contigo*.—En el cuarto la cuarta: *Bendita tú entre las mujeres*.—En el quinto la otra palabra: *Bendito es el fruto de tu vientre Jesús* (*Ibid., meditacion XXI*), ponderando las excelencias del nombre dulcísimo de Jesús, y las bendiciones celestiales que nos vienen por su medio.—En el sexto diez meditaré la sexta palabra (*Ibid., med. III*). *Santa María Madre de Dios*, ponderando las grandezas que están encerradas en la eleccion de la Virgen para esta dignidad tan alta y los privilegios que por ella le concedieron.—Y finalmente, meditaré lo que encierra la postrera palabra: *Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte* (*Parte III, med. V*), ponderando la eficacia de la oracion de la Virgen, la necesidad que tengo de ella, especialmente en la hora de la muerte; mirando con qué afecto diré esta palabra cuando me vea en aquel trance, y decirla ahora con el mismo.

2. Con esta breve meditacion he de juntar varios afectos: unos con Dios nuestro Señor, y otros con la Virgen, admirándome de las grandezas y virtudes que tiene, gozándome de que las tenga, glorificando y alabando á Dios porque se las dió, despertando en mí deseos de imitarla en ellas, y dándola siempre el parabien de todas, con esta palabra *Ave*, que se ha de repetir con cada una de las otras

con grande afecto, diciendo: Dios te salve, María benditísima, Dios te salve la llena de gracia, la llena de caridad, la llena de humildad: Dios te salve la que tienes á Dios contigo, la que eres su Madre y le tienes por Hijo, etc.

3. Ultimamente he de concluir con peticiones de las virtudes que he considerado en la Virgen, ó de las cosas que me faltan, enderezándolas, unas veces á Cristo nuestro Señor, por los merecimientos de su Madre; otras á la misma Madre, para que me las negocie y alcance de su Hijo; otras á las demás personas de la santísima Trinidad, con los títulos y coloquios de que hicimos mencion en el párrafo I de la introduccion de este libro.—De esta misma manera se puede tomar otras veces por materia de meditacion la oracion del *Pater noster*, meditando á cada diez Ave Marías una de sus siete peticiones, como se hallará en la meditacion XIV de la parte III. Y otras veces podré tambien meditar los diez versos del cántico de la *Magnifica*, en cada diez Ave Marías, uno ó dos de ellos, con los varios sentimientos y afectos que se pusieron en la meditacion XII de la parte II.

—(*Segundo modo de rezar el Rosario, mas ordinario, meditando los quince misterios.*)

El segundo modo de rezar el Rosario, mas ordinario, es, tomando por materia de meditacion los quince misterios mas principales de Cristo nuestro Señor y de su Madre, meditando á cada diez Ave Marías un misterio, los cuales se dividen en tres órdenes.—El primero es de los misterios gozosos, que fueron materia de grande gozo para la Virgen, y son, la anunciacion del Angel, la visitacion de santa Isabel, el nacimiento de Cristo nuestro Señor, su presentacion al templo, y cuando fué hallado entre los doctores, de los cuales se han hecho meditaciones en la parte II de este libro; y porque cada misterio abraza muchos puntos, y podria causar algun fastidio pensar siempre una misma cosa, puede un dia meditar un punto, y otro dia otro, como allí se pusieron.—

—El segundo orden de misterios se llama dolorosos, porque fueron muy penosos para Cristo nuestro Señor, y para su Madre, ó cuando estuvo presente á ellos, ó cuando los supo los consideraba. Estos son la oracion del huerto, con la tristeza y sudor de sangre, los azotes en la columna, la coronacion de espinas, el llevar la cruz á cuestras, y el estar crucificado en la cruz, de los cuales se han hecho muchas meditaciones en la parte IV.—

—El tercer orden es, de los misterios gloriosos, en que resplandeció la gloria de Cristo nuestro Señor y de su Madre, conviene á saber, la resurreccion de Cristo, su ascension y su asiento á la diestra del Padre, la venida del Espíritu Santo, la asuncion de la Virgen, y su gloriosa coronacion: de los cuales se han puesto meditaciones en esta parte V.—

1. Presupuesto esto, en cada diez Ave Marias se han de hacer tres cosas. La primera es, pasar por la memoria el misterio, ó algun punto de él, meditando y ponderando brevemente las grandezas y excelencias de Cristo nuestro Señor y de su Madre, las cosas que allí hacen ó padecen; el gozo, ó el dolor, ó la gloria que reciben, las heróicas virtudes que ejercitan; los grandes bienes que de allí resultan para todos los hombres, y en particular para mí mismo, considerando las causas especiales que yo tengo para gozarme, dolerme y gloriarme de lo que en estos misterios se representa.

2. En esta meditacion puedo detenerme mas ó menos tiempo, conforme á la devocion ó lugar que tuviere, procurando siempre pasar á la segunda cosa que es mas principal; conviene á saber, mover la voluntad al ejercicio de los afectos gozosos ó dolorosos, á que el misterio provoca, haciendo amorosos coloquios con Cristo nuestro Señor, ó con su Madre, ó con la santísima Trinidad. Si el misterio es gozoso como el de la encarnacion, puedo ejercitar todos estos actos con pausa y sentimiento interior. Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo se hiciese hombre por nosotros. Gózome de la infinita bondad y caridad y misericordia que en esta obra descubriste. ¡Oh si todo el mundo te alabase y glorificase por ella! Ó Verbo divino, gracias te doy por haber escogido á la Virgen santísima por tu Madre, queriendo nacer niño en sus entrañas. Ó Virgen santísima, gózome de que hayas sido escogida por Madre del mismo Dios, y del gozo grande que tuviste con la nueva que de esto te dió su glorioso Arcángel. Alégrome tambien de la prudencia, castidad, y humildad y resignacion que en esta embajada descubriste. ¡Oh si pudiese yo tener parte en tus gozos, ó imitar tus virtudes! Negocia, Madre mia, lo que deseo, para servirte fervorosamente con ello.

3. Y si el misterio fuese doloroso, he de ejercitar afectos de dolor, proporcionalmente á los dichos. Mirando al misterio del huerto, puedo decir: Gracias te doy, Padre eterno, por haber querido que tu Hijo unigénito padezca tales agonías, por remedio de mis culpas. Ó Salvador mio, pésame de verte tan triste y afligido por

mis pecados, sudando sangre para lavarme de ellos. ¡Oh pecados míos, que así afligís á mi mismo Dios! ¡Oh quien nunca hubiera pecado, ni dado causa para tan gran tormento! Pésame, Dios mio, de haberte ofendido, y quisiera que mi pesar fuera como el tuyo, derramando copiosas lágrimas por mis culpas, pues tú derramas sangre por ellas. Ó Virgen santísima, ¡cuán grave fué vuestro dolor cuando supisteis el que vuestro Hijo padeció en este huerto! ¡Oh qué sentimiento tuvisteis de nuestras culpas, considerando el que vuestro Hijo tuvo de ellas! Pedidle me haga participante de estos dolores, pues siendo mia la culpa, es justo que pase por la pena.

—A este modo se pueden hacer coloquios y afectos en los demás misterios, juntando con ellos la tercera cosa, que es representar á Cristo nuestro Señor y á su Madre las necesidades y miserias que padezco, pidiéndoles remedio de ellas; alegándoles por título el gozo ó el dolor que allí recibieron, haciendo propósitos muy eficaces de imitar alguna de las virtudes de la Virgen, de que luego dirémos.—

—Y si alguno, por falta de tiempo ó por otra causa, no quisiere detenerse en meditar sobre el misterio, bastará que en dichas diez Ave Marias, por lo menos se acuerde de él, y haga un breve coloquio y peticion á nuestra Señora, diciéndola: Gózome, Virgen soberana, del gozo que en este misterio recibisteis, por el cual os suplico me alcanceis perdon de mis pecados, y gracia para imitar vuestras virtudes. Y en los misterios dolorosos y gloriosos diré proporcionalmente: Pésame, Virgen soberana, del dolor que en este paso padecisteis, ó alégrome de la gloria y alegría que en este misterio recibisteis, por el cual os suplico, etc.—

—Acabada esta breve oracion mental, como está dicho, cerca de un misterio, he de proseguir la vocal, rezando otras diez Ave Marias. Y si por la mocion y sentimiento pasado se me fuere el corazon á lo mismo, bien puedo dejarle ir; porque semejantes afectos no son contrarios á la atencion que ha de tener la oracion vocal, antes la perfeccionan en gran manera.—

4. En rezando el Rosario, examinaré brevemente el modo como le he rezado, doliéndome de las distracciones y sequedades, y de las demás faltas que hubiere tenido, y dando gracias á Dios por cualquier sentimiento que me hubiere dado, con deseo de rezarle otro dia con mayor fervor y devocion.—

—Últimamente añadido, que aunque reducimos á quince los misterios del Rosario, podemos algunas veces, en lugar de los nombrados, tomar otros semejantes, que andan pareados con ellos. Con los

gozosos podemos juntar alguna vez la concepcion de la Virgen, su natividad y presentacion al templo, la circuncision del niño Jesús con la imposicion de su nombre, la adoracion de los Magos, la huida y vuelta de Egipto. Con los dolorosos se pueden juntar la prision, la bofetada en casa de Anás, los trabajos de la noche de la pasion en casa de Caifás, los desprecios de Herodes, el ser pospuesto á Barrabás. Y alguna vez se puede tomar por materia de meditacion las siete palabras que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz, meditando una á cada diez Ave Marias, ponderando los sentimientos de la Virgen cuando las oyó decir, como se hallará en la parte IV de la meditacion XLV.—

Tercer modo de rezar el Rosario, meditando las virtudes de nuestra Señora.

La principal cosa en que hemos de mostrar la devocion con la Virgen nuestra Señora, es la imitacion de sus heróicas virtudes. Para lo cual ayudará mucho meditarlas en el ejercicio del Rosario, en cada diez Ave Marias una virtud. En un diez la humildad, en otro la pureza, en otro la obediencia, ó paciencia, ó caridad, y así las demás, poniendo los ojos en tres cosas.—Lo primero, en los actos heróicos que la Virgen ejerció cerca de aquella virtud, al modo que los contamos de su humildad, en la meditacion XXXVII, admirándome de su santidad, y gozándome de ella; glorificando á Dios porque se la dió, y alegrándome por el premio que por tal virtud le ha dado.—Lo segundo, pondré los ojos en la falta que yo tengo de aquella virtud, y en las culpas y defectos contrarios en que caigo, doliéndome de ellos con grande confusion y humillacion, suplicando á esta Virgen soberana me alcance perdón de lo pasado, y gracia para enmendarme en el porvenir.—Lo tercero, haré algunos propósitos con las veras que pudiere, de imitar á la Virgen en aquellos actos de virtud, señalando para ello alguna cosa particular, confiando en el favor de esta piadosa Madre, que podré cumplirlos.

—Para este modo de meditacion ayudará saber las virtudes especiales de esta Señora, como se han tocado en las meditaciones precedentes (*P. II, med. VI y XXIX*) y en las de su presentacion y purificacion, á donde pusimos seis, como seis hojas blancas de la azucena con las seis varicas doradas de los afectos interiores que resplandecieron en ella, las cuales podemos meditar rezando su corona.—

MEDITACION XXIX.

DE LAS VIDAS DE LOS SANTOS, Y DE SUS DICHOSAS MUERTES Y PREMIOS.

—Porque en el discurso de esta parte V, y de la III, se han puesto muchas meditaciones que pueden servir para las fiestas de los Apóstoles, Mártires, Doctores y Virgenes, y otros Santos, solamente pondré aqui una de todos en general, la cual fácilmente se puede aplicar á cada uno en especial, meditando de uno lo que dijéremos de todos.—

PUNTO PRIMERO.—*De la eleccion de los Santos.*—1. Lo primero, se ha de considerar la inmensa liberalidad de Dios con sus escogidos, en comunicarles innumerables dones de su gracia para hacerlos Santos, de los cuales hizo un breve catálogo san Pablo, diciendo: *Que á los que Dios predestinó para que fuesen conformes con la imágen de su Hijo, á esos llamó, y á los que llamó justificó, y á los que justificó, glorificó y engrandeció* (1).—Primeramente, Dios nuestro Señor, por sola su bondad, y por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, los predestinó y escogió para que fuesen santos (2), y limpios en su presencia, señalándoles para que fuesen vasos de misericordia, en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia (3).—En ejecucion de esta soberana eleccion, á su tiempo los crió, dejando otros innumerables en el abismo de la nada; luego los llamó eficazmente á su fe y religion cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia por el Bautismo, dejando perecer á otros muchos en el diluvio de la infidelidad. Y cuando pecaron, tornó á llamarlos con eficacia, para que hiciesen penitencia, dejando á otros morir en su culpa.

2. Lo tercero, preservóles de grandes pecados, sacólos de graves peligros, favorecióles en terribles tentaciones, previnoles con muchas inspiraciones y con bendiciones de dulzura, para que ejercitasen heróicas virtudes, y engrandecióles con muchos dones de su gracia, para que fuesen grandes en su presencia.—Demás de esto tuvo especial providencia con ellos, llamándoles al estado y oficio que mas les convenia para ser santos, ó sacerdocio, ó religion, ó prelacia, dando á cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones.—Y finalmente trazó su modo de muerte, de manera que fuese paso para la gloria (4), porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus Santos: en la cual se remata todo

(1) Rom. VIII, 29.—(2) Ephes. I, 4.—(3) Rom. IX, 23.—(4) Psalm. cxv, 15.